

Mensaje 4

Cuarta instrucción (tempo de *huracanes caribeños*)

Frustrada por razones ignotas, la sopladora abandona su pose de persona arrodillada, aunque no su mueca agria de desagrado profundo (¿por qué... por qué, ¡qué es lo que le desagrada tanto!, por qué mantiene *eternamente* esa mueca horrible?!) Él la observa con detenimiento pero ya no con desagrado, ya no con *de-sa-grado* sino ¡con **ad-mi-ra-ción!** (¿y por qué, por qué y por qué?... ¿de dónde viene esa admiración?) Admirablemente decidida, ella se pone en marcha. No importa que sea en *cuatro patas*, (como la de los elefantes de la India). Simplemente *marcha*, eso es lo que cuenta. Usa sus manos como patas delanteras; sopla con furia, primero a las cuatro patas de la banqueta, luego, y en sucesión huracanada-enloquecida, a las dos patas del pianista y a las tres del piano, incluyendo como *coda* a los tres pedales (que poco antes el pianista hundió y volverá a hundir). Todo el mundo sabe (porque se nota) que cada soplado de los suyos **equivale a un mordisco feroz en el vacío...**

como los del lobo en “Pedro y el lobo”, (recuérdese la escena de *la distracción*, cuando el lobo intenta alcanzar a los pajaritos en vuelo mientras el pato huye hacia el lago). Mientras tanto, él permanece atado a su **mueca de admiración invariable**. Hasta que –sin poder retener por más tiempo su alegría– descarga sobre el teclado con multiplicada fortaleza **el mismo acorde anterior** (que ya, por supuesto, no producirá el mismo efecto)...

Al son del grueso acorde ella se calma, se afina. *Se calma, se afina*. La pesadilla se disipa, el viento amaina, al igual que sus soplos. (¿O es que ella en ese momento *Cree, Cree* que el huracán ha concluido?)

Esto continúa y se termina en el próximo y último episodio. Si lo hay.